

NATSUKO IMAMURA

# La mujer de la falda violeta

«Una novela sobre lo difícil que es encontrar un lugar en el mundo.» *The Japan News*



NOVELA

DUOMO  
NEFELIBATA



NATSUKO IMAMURA

# La mujer de la falda violeta

Traducción del japonés de  
Juan Francisco González Sánchez

Título original: *The Woman in the Purple Skirt*

© 2019, Natsuko Imamura

© de la traducción: Juan Francisco González Sánchez  
(DARUMA Serveis Lingüístics, SL)

© de esta edición, 2020 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milá

Edición original japonesa publicada por Asahi Shimbun Publications Inc.,  
Toquio. Edición en español publicada gracias al acuerdo con Asahi Shimbun  
Publications Inc.

a través de The English Agency (Japan) Ltd.

Esta traducción ha recibido una subvención de Japan Foundation.



Todos los derechos reservados

Primera edición: agosto de 2020

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.  
Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.o B. Barcelona, 08012 (España)  
[www.duomoediciones.com](http://www.duomoediciones.com)

Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.  
[www.maurispagnol.it](http://www.maurispagnol.it)

ISBN: 978-84-18128-52-3

Código IBIC: FA

DL B 12334-2020

Composición:

Grafime

*Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

**H**ay en mi barrio una mujer a la que todo el mundo conoce como «la mujer de la falda violeta». Evidentemente, tal sobrenombre responde al hecho de que nadie la ha visto nunca vistiendo una falda de cualquier otro color.

He de reconocer que su constitución menuda y su pelo moreno cortado a media melena me confundieron e hicieron que supusiera en un primer momento que se trataba de una resuelta jovencita. Ciertamente, desde lejos incluso el observador más avizor podría confundirla con una colegiala, pero la nube de manchitas que salpica sus pómulos y la notable sequedad de su cabello se encargan de refutar de inmediato tal juicio en las distancias cortas. La mujer de la falda violeta tiene por costumbre acercarse una vez a la semana a cierta panadería ubicada en la avenida comercial, donde adquiere siempre un bollo relleno de crema. Cuando me la encuentro allí, simulo estar concentrada en decidir qué tipo de pan o bollo llevarme, pero en realidad estoy muy atenta, observándola sin perder detalle. En tales ocasiones me asalta la sensación de que guarda cierto parecido con alguien que conozco. Pero ¿con quién?

Es tan elevada su popularidad entre los vecinos que en el pequeño parque de nuestro barrio hay un banco bautizado como «el asiento reservado para la mujer de la falda violeta». Es el último banco de un grupo formado por otros tres, en un área del parque orientada al sur.

Cierto día me percaté de que la mujer de la falda violeta dirigía sus pasos hacia el parquecito, tras abandonar la avenida comercial después de su habitual visita a la panadería. Recuerdo que apenas eran las tres de la tarde. Unas tupidas hayas, cargadas de hojas, arrojaban un espeso manto de sombra sobre «el asiento reservado para la mujer de la falda violeta» cuando ella se sentó, dispuesta a degustar su recién adquirida delicia de crema. Alzó su mano izquierda, con la palma vuelta hacia arriba a modo de platito para evitar que se cayera ni pizca del amarillento relleno sobre el suelo y así la mantuvo durante unos instantes, complacida en la contemplación de los pedacitos de almendra que coronaban la parte superior del bollo. Al final se lo llevó a la boca. Degustó el manjar con sosiego y, como era habitual en ella, se recreó especialmente en el último bocado, dejándolo reposar en el interior de la boca y masticándolo de forma pausada.

En una de las ocasiones en que la vi ejecutar aquel ritual del bollo, se me ocurrió que a quien se parecía era a mi propia hermana mayor. No pretendo señalar con ello ningún tipo de parecido físico entre ambas, ni tan siquiera una mínima similitud en alguno de sus rasgos. Pero, pese a ello, ambas coincidían en un detalle: ninguna de las dos era capaz de reprimir la tentación de degustar con auténtica devoción el último bocado del alimento que comiesen. Mi hermana se deleitaba en ello hasta un punto tal que entraba en contradicción con la actitud vi-

tal que guiaba sus pasos, siempre comandada por el decoro y las buenas costumbres (las cuales, dicho sea de paso, le impedían imponerse a mí cuando nos enfrascábamos en alguna discusión). Cuando de comida se trataba, su habitual y reverencial pudor no era lo suficientemente firme como para permitirle mantener su consabida compostura y refrenar dicha obsesión. El pudín, por ejemplo, la chiflaba. Antes de comerlo, le dedicaba entre diez y veinte minutos de embelesada contemplación, y cuando estaba a punto de terminárselo apuraba hasta la última gota de caramelo. En cierta ocasión, llegué a encararme con ella: «Si sigues mirándolo, me parece que te vas a quedar sin pudín», le solté; y dicho y hecho, me lo zampé en un abrir y cerrar de ojos. La que se armó. Los arañazos que me llevé siguen marcados en mi brazo izquierdo como cicatrices de guerra; aunque, por otro lado, también es posible que ella todavía conserve la señal del mordisco que le infligí en defensa propia en su dedo pulgar. Sin embargo, todo eso pertenece al pasado. Han transcurrido veinte años desde que papá y mamá se separaron y cada miembro de la familia ha seguido sendas dispares. ¿Qué habrá sido de mi hermana? ¿Dónde estará? Acabo de mencionar su enorme fascinación por el pudín, pero no sería de extrañar que sus gustos hubieran cambiado por completo y no sean ya los mismos de antaño.

Considerando lo dicho, me pregunto si yo también guardo alguna semejanza con la mujer de la falda violeta. Sería lo lógico si admitimos que mi hermana mayor y yo nos parecemos. De hecho y para ser honesta, me temo que poseemos alguna que otra similitud. Por ejemplo, a

juzgar por mi indumentaria, bien podría ser yo conocida como «la mujer de la rebeca amarilla».

Lamentablemente y a diferencia de ella, nadie me reconoce el valor de dicha característica; no tanto, al menos, como para hacerme merecedora de un sobrenombre. Y aunque ambas recorremos a diario los mismos lugares, yo lo hago sumida en el anonimato, sin que nadie vuelva la cabeza para mirarme; no soy el personaje emblemático de la avenida comercial en que ha llegado a convertirse ella.

Cuatro tipos de reacciones diferentes son las que la mujer de la falda violeta despierta en los transeúntes en cuanto la ven aparecer por la avenida comercial, tras doblar la esquina de la sala de juegos situada en su inicio. En primer lugar, se encuentra el grupo de viandantes que la ven, pero simulan no haberlo hecho; en segundo, los que se apartan de su camino sin pensárselo dos veces para cederle el paso; después, los que se alegran de verla e incluso alzan sus brazos a modo de celebración, y finalmente, aquellos que dejan escapar un abatido lamento de consternación debido a que, según dicen las malas lenguas, encontrarse con ella tres veces en un mismo día trae mala fortuna. Debo añadir, eso sí, que encontrársela en dos ocasiones se considera señal de buena suerte.

Sea como fuere, aquello que mayor fascinación me produce acerca de ella es su actitud al caminar: su paso no se ve nunca afectado por el abanico de reacciones que su presencia provoca en los demás; sortea indiferente a la multitud que la rodea, sin alterar lo más mínimo el ritmo de su avance. Es sorprendente que nunca se tropiece con nada ni con nadie, ni siquiera en las horas de

mayor aglomeración durante los fines de semana. Por lo que a mí respecta, solo encuentro dos razones plausibles que expliquen tan excepcional habilidad: o bien posee una agilidad innata superior a la media o bien ha sido agraciada con un tercer ojo en plena frente, oculto bajo el flequillo, que, a modo de faro, pueda girar trescientos sesenta grados y ofrecer una panorámica completa de su entorno. Personalmente, me decanto por esto último y, para ser sincera, añado que yo, la mujer de la rebeca amarilla, carezco por completo de semejante repertorio de habilidades.

No obstante, intuyo que tan admirable desenvoltura para esquivar al resto de los transeúntes debe de acabar despertando entre algunos de ellos el deseo de chocar adrede con la escurridiza dama. Y me temo que yo misma formo parte de dicho grupo tan selecto como despreciable. Sin embargo, al igual que todos sus miembros, he fracasado en mi no muy loable intento. Si no lo recuerdo mal, estábamos a principios de la primavera. La vi aparecer, como siempre. Tan solo unos metros nos separaban. Pensé que me encontraba ante la ocasión perfecta. Avivé el paso y me abalancé contra ella.

Con la perspectiva del paso del tiempo, aquella acción se me antoja una auténtica estupidez. Ocurrió lo siguiente: primero, ella se cimbrió y me esquivó. Segundo, yo acabé estrellándome contra el escaparate de una carnicería, incapaz de frenar el impulso que llevaba, y lo destrocé. Gracias a Dios, no sufrí ninguna lesión de consideración, pero tuve que pagarle al dueño una respetable cantidad de dinero en concepto de daños y perjuicios.

Ha pasado más de medio año desde aquello y hace tan solo unos días que he terminado de pagar la reparación del escaparate. No ha sido tarea fácil. Para ello, me he visto obligada a deshacerme de muchos de los enseres inservibles que guardaba en casa. Una vez al mes, me presentaba con el objeto en brazos en el mercadillo que organiza la escuela primaria del barrio y lo ponía a la venta, lo cual me reportaba algo de calderilla con la que ir pagando el escaparate. «¿Se puede saber qué estoy haciendo? –me preguntaba en cada ocasión–. Pero ¿en qué estaba pensando? ¿Acaso no sabía de antemano que nadie había logrado colisionar con la mujer de la falda violeta?». Desde luego, aunque descartemos la hipótesis del tercer ojo bajo el flequillo, ha de admitirse al menos que posee una elasticidad absolutamente fuera de lo común. La verdad es que el adjetivo *elástico* no encaja del todo con la precisa descripción que quisiera ofrecer de ella, pero, desde luego, la suavidad con que se mueve sorteando a la muchedumbre es sin duda comparable con la de un patinador que ejecuta su programa deslizándose sobre la pista helada. Ahora que lo pienso, guarda cierto parecido con la patinadora que logró la medalla de bronce hace dos años en los juegos olímpicos de invierno. Recuerdo que llevaba un vestido azul y hablaba de una manera muy característica. Después de retirarse del circuito deportivo profesional, logró abrirse paso en el mundo de la televisión y el año pasado fichó como presentadora de un programa infantil. Lo último que sé de ella es que recibió el título de «chica televisiva con más pasión por los niños». Me atrevo a asegurar que tanto ella como la mujer de la falda violeta poseen el mismo grado de popularidad en el momento presente, a

pesar de que la última supere con creces en edad a la primera y de que su ámbito de acción se circunscriba a nuestro barrio. Curiosamente, ambas tienen también en común una gran fama entre el público infantil. Tanto es así que los programas televisivos que de vez en cuando se presentan en la avenida comercial para entrevistar a amas de casa con cuestiones tan poco originales como «¿Qué va a servir de cena esta noche?» o «¿Qué opina de la reciente subida del precio de las verduras?» dejan a veces de lado sus habituales preguntas y se dirigen a ancianos y niños para abordarlos con cuestiones relativas a la mujer de la falda violeta: «¿La han visto alguna vez?», preguntan. «¡Por supuesto!», replica la mayoría de los entrevistados.

Últimamente, entre los niños se ha puesto de moda un juego a modo de curioso desafío: aquel que pierde a piedra, papel o tijera se ve obligado a cumplir con una prueba que de manera invariable consiste en tocar a la mujer de la falda violeta. A pesar de la sencillez del reto, un efervescente entusiasmo se apodera de todos los niños reunidos en el parque del barrio para jugar. A los perdedores no les queda otra que acercarse con sigilo al asiento reservado para la mujer de la falda violeta y, una vez que están lo suficientemente cerca, «toc», tocarla en el hombro. Eso es todo. Consiste solo en eso pero, después de lograr el reto, todos ponen pies en polvorosa entre incontenibles risas y jolgorio. Y así, una y otra vez.

Al principio, el juego no consistía en tocarla, sino en situarse frente a ella para decirle algo. Un simple «Buenos días» o un «¿Qué tal está usted?» eran suficientes. Cualquier saludo a la mujer por parte del perdedor de

turno en el juego bastaba para que todos ellos cayeran de inmediato presa de una desbordada excitación y huyeran a la carrera, entre risas inflamadas por la emoción.

Dicha modificación en el juego se ha producido hace poco y la razón no ha sido otra que el mero tedio derivado de la constante repetición de una fórmula idéntica. El aburrimiento parece haber sido mutuo: tanto de los niños como de la propia mujer de la falda violeta, quien se veía obligada a escuchar lo mismo una y otra vez, puesto que el repertorio de expresiones de los niños era considerablemente limitado y no iba mucho más allá de las manidas «¿Qué tal está hoy?» o «Qué buen tiempo hace». Algún que otro alarde de creatividad daba como fruto saludos forzados al estilo de «*How are you?*», tal cual, en inglés. Aunque, desde luego, ello tampoco aportaba gran cosa al desarrollo del juego. Lo cierto es que incluso la mujer, inmóvil y cabizbaja al principio, acabó acostumbrándose a los niños y sus pequeñas travesuras, y llegó a transigir con acciones no poco llamativas, como algún que otro bostezo o toquetearse las uñas. Cualquier observador ajeno que viera a la mujer desprender lánguidamente bolitas de pelusa de su jersey tendería a pensar que era ella quien trataba de provocar a los niños por medio de pequeños gestos, haciendo lo que estaba en su mano por dar algo de color y variedad a un juego que se había vuelto previsible.

Con la determinación de deshacerse del hastío bajo el cual habían ido sucumbiendo, los niños formaron un círculo, apoyaron sus frentes los unos en los otros y, de esta guisa, idearon la nueva regla, que consistía en tocar a la dama en el hombro. Si bien ha transcurrido ya un consi-

derable periodo de tiempo desde la entrada en vigor de esta última regla, ninguno de los niños ha mostrado señales de cansancio respecto a ella. Lo cierto es que la dosis de efusividad no se limita a la realización de la prueba, sino que también en el mismo juego de piedra, papel o tijera gritan a todo pulmón dichas palabras: «¡Piedra, papel o tijera!»; a continuación, el ganador da un buen salto para expresar su alegría mientras que el perdedor deja escapar un dramático grito de derrota. La mujer de la falda violeta permanece inmóvil en su banco, ajena a todo ese jolgorio, con ambas manos reposando sobre sus rodillas y la mirada en el suelo. En el fondo, eso parece indicar que todavía no se ha familiarizado lo suficiente con la nueva regla del juego. De hecho, me pregunto qué sentirá cada vez que nota sobre su hombro el golpecito de los dedos de alguno de los niños.

Estoy equivocada al pensar que la mujer de la falda violeta se parece a mi hermana. También al creer que guarda alguna similitud con la patinadora convertida en presentadora de televisión. A quien verdaderamente se asemeja es a mi antigua compañera de primaria: mi amiga Mei, con su largo cabello recogido en una trenza ribeteada con una goma de color rojo. El padre de Mei era de origen chino y, cuando quedaban pocos días para la ceremonia de graduación, toda la familia regresó inesperadamente a Shanghái, su ciudad natal. La imagen sedente e inmóvil de la mujer de la falda violeta es la misma de Mei cuando presenciaba la clase de natación. No hacía mucho caso a nuestras evoluciones natatorias y se contentaba con estar presente, con los hombros caídos y fro-tándose las uñas nerviosamente. Un momento: ¿acaso la

mujer de la falda violeta podría ser Mei? De hecho, perdimos todo contacto una vez que se marchó, así que bien podría ser que hubiera vuelto sin que yo me enterara. ¿Y no podría ser incluso que el motivo de su regreso fuera reencontrarse conmigo?

Creo que me estoy dejando arrastrar por la emoción. Aunque nos llevábamos bien, no podría decirse que fuéramos especialmente íntimas. A decir verdad, solo jugamos juntas una o dos veces. Se portaba muy bien conmigo, eso sí. Por ejemplo, se deshizo en elogios con respecto al dibujo que hice de un perro. «¡Qué bien te ha quedado la cola!», me dijo, cosa que supe valorar a pesar de mi corta edad, puesto que a ella se le daba mejor dibujar que a mí. Mei quería ser pintora, y lo consiguió: Mei Huángchūn, la pintora de ascendencia china que regresó a tierras niponas hace tres años para exponer durante la temporada estival. Me enteré por el periódico. Su magnífica trenza había desaparecido, pero aquella sonriente mujer que posaba ante una de sus pinturas en la foto que ilustraba la noticia era sin duda Mei, con sus párpados nítidamente delineados y su característico lunar bajo la nariz.

Por su parte, la mujer de la falda violeta tiene manchas repartidas por los pómulos, no un lunar bajo la nariz, y sus párpados carecen de la línea del pliegue superior; aunque si nos atenemos a la forma de estos últimos, la verdad es que a quien se parece es a una compañera de instituto llamada Arijima. Ello no implica que observe similitudes en cuanto al carácter de ambas. Es más, Arijima

me asustaba un poco. Iba teñida de rubio, robaba en las tiendas, nos extorsionaba y se comportaba con violencia. Llevaba siempre encima una navaja con forma de catana. De entre toda la gente con la que me he encontrado en la vida, ella sigue ocupando el primer puesto en cuanto a persona turbia y peligrosa. Tanto es así que ni sus padres ni los profesores ni la policía sabían qué hacer con ella. Lo que sigo sin comprender es que en cierta ocasión me regalase un chicle. Uno con sabor a ciruela, para ser exactos. Llamó mi atención con unos golpecitos en la espalda y me lo ofreció: «¿Quieres?», dijo, ofreciéndome uno, y lo acepté. Por primera vez pude mirarla de frente y con detenimiento. Con las cejas caídas y carente de la línea del pliegue superior de los párpados, durante un instante pensé que no podía ser Arijima.

Debería haberle dado las gracias pero no lo hice. Tan convencida estaba de que el chicle debía de contener veneno que a la salida del colegio lo tiré a una papelera situada frente a un bar.

¿No estaba tomándome aquello demasiado a la tremenda? Bien podría haberlo mascado sin ningún problema y bien podría haberle ofrecido yo un caramelo al día siguiente. Pero no lo hice y de nada sirve ya arrepentirse. Recuerdo que, al terminar el instituto, Arijima comenzó a salir con un miembro de la Yakuza, y se dice que anduvo metida en asuntos de tráfico de drogas y como intermediaria en negocios relacionados con la prostitución. Vamos, que la muchacha no le hacía ascos a nada. No me extrañaría mucho que anduviese ahora entre rejas e incluso quizás sentenciada a la pena capital. Dicho esto,

queda así bien patente la enorme disparidad que existe entre ella y la mujer de la falda violeta.

Sin embargo, sigo dándole vueltas al asunto y se me ocurre que una de las tertulianas del *Wide Show* guarda también un gran parecido con la mujer de la falda violeta; sí, aquella dibujante de cierto manga humorístico sobre fantasmas que últimamente ha ido decantándose por la ilustración de libros infantiles (de hecho, es en este último terreno en el que está obteniendo un mayor reconocimiento). Su marido también es dibujante de manga. Ay, tengo su nombre en la punta de la lengua, pero no consigo recordarlo.

No, no, un momento. Ahora sí que caigo en la cuenta de a quién se parece de verdad la mujer de la falda violeta: a la cajera del supermercado del municipio vecino a este donde vivía yo antes. Aquella que, cierto día en que me encontraba completamente agotada y algo mareada, me preguntó si me ocurría algo mientras alargaba la mano para darme el cambio. Aquella misma que me saludó con un «¿Qué tal le va?» cuando me pasé por el supermercado al día siguiente, razón por la cual me sentí incapaz de regresar.

Hace unos días, al pasarme por la biblioteca de dicho pueblo, sentí una punzada de nostalgia al acordarme del supermercado y me quedé un rato contemplándolo desde fuera. Allí estaba ella, ocupando su puesto tras la caja, como de costumbre. Además de una chapa nueva prendida sobre la solapa de su uniforme, podía presumir de un aspecto inmejorable.